

# Retrato de padre e hija

Yishai Jusidman

Tras estudiar música y pintura, Romualdo García montó un estudio de fotografía en Guanajuato, y se desempeñó como retratista a lo largo del Porfiriato. Romualdo diferiría de fotógrafos decimonónicos obsesionados por legitimar su naciente medio con efectos que mimetizaban a la pintura, así como de eventuales fotógrafos modernos engolosinados con la poética de la lente. El sentido y las tensiones de la fotografía serían articuladas por Romualdo en torno a las condiciones inherentes a la práctica comercial del estudio.

Romualdo ofrecía a su clientela, más que semblanzas mecánicas, la posibilidad de encausar historias y deseos a través de un escenario equipado con telones pintados, mobiliario, cachivaches, y variedad de vestidos, trajes y disfraces para satisfacer cualquier anhelo histriónico. Animados por esa ambientación, los sujetos que desfilaron frente a la cámara de Romualdo parecen querer empaquetarse ante nosotros como escaparates de cualidades. Romualdo entendía que las inconsistencias derivadas del asumir una versión idealizada de uno mismo acaban sabotando el intento de procurar la admiración de los demás. Las sutiles discrepancias entre la intención y su materialización dejan al retratado sobreexpuesto e indefenso. Paradójicamente, el disfraz desnuda al retratado. Y una vez atrapadas en la placa, estas presencias mediadas provocan nuestra empatía, pues ninguno de nosotros

es ajeno, en nuestro desempeño social, a esa misma condición emulsificada de drama y ridículo.

El retrato en cuestión no se encuentra entre las imágenes más estrambóticas de Romualdo. Sin embargo, la sobria disposición de la pareja encierra una tremenda carga emotiva. El joven caballero no se ha dejado tentar



Romualdo García, *Sin título*, ca. 1915. Col. Museo Regional de Guanajuato Alhóndiga de Granaditas, INAH

por el ambiente permisivo del estudio; lleva un traje aburguesado indicativo de una situación semiacomoda, se ha sentado mirando a la cámara y sin expresión alguna espera a que su efigie, realista y pragmática, sea captada. Por su parte, la pequeña, mirando al vacío, se ha puesto un vestido casi churrigüeresco, rematado con un sombrero de pluma de avestruz y un gran moño al cuello, un atuendo de cuento que podría haber descendido de la vaporosa

Arcadia esbozada al fondo. Las ilusiones de ambos no se anulan una a la otra, ni despegan en sentidos opuestos, al ser ancladas con el peso revelador de sus zapatos ya demasiado bien andados. La atención impávida del señor pareciera contraponerse a la lógica traicionera de los artilugios del fotógrafo, pero la tensión del puño cerrado, su única seña de descontrol, advierte alguna inquietud, alguna pena quizás... La tensión de ese puño, que es el pivote compositivo del conjunto, a su vez conecta, a través del anillo, con la palpable ausencia de la esposa/madre. Romualdo García transformó este recuerdo familiar, de manera brillante e insospechada, en una punzante formulación alegórica de *El in Arcadia ego*.